

# La vertiente realista y la memoria en dos cuentos sobre la guerrilla mexicana

*A corrente realista e a memória em duas histórias  
sobre a guerrilha mexicana*

*Realism and memory in two short stories  
about the Mexican guerrilla movement*

*Bisherú Bernal Medel\**

## **Resumen**

Este trabajo inicia con un recorrido panorámico sobre las guerrillas de los años sesenta y setenta del siglo xx en México –difícil episodio que requiere ser incorporado a nuestro pasado social– para luego transitar al análisis de dos cuentos sobre dicho contexto que busca rescatar la memoria a través de la literatura, instrumento clave que ejerce un papel determinante al revisar momentos traumáticos del pasado.

*Palabras clave:* memoria, violencia, guerrilla mexicana, literatura.

## **Resumo**

Este trabalho começa com uma visão panorâmica sobre os guerrilheiros no México dos anos sessenta e setenta do século xx, um episódio difícil que precisa ser incorporado ao nosso passado social. Segue-se com a análise de duas histórias sobre esse contexto que buscam resgatar a memória por meio da literatura, instrumento fundamental e decisivo na revisão de momentos traumáticos do passado.

*Palavras chave:* memória, violência, guerrilha mexicana, literatura.

\* Doctora en Estudios Latinoamericanos por la UNAM, México. Ganadora de dos Medallas al Mérito Universitario durante la Especialidad y la Maestría en Estudios sobre la Mujer, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco. Líneas de investigación: la memoria de las dictaduras latinoamericanas y la violencia generada por el narcotráfico a través del análisis social y literario. Publicaciones recientes: “Cuerpo transgresor liberado en ‘Ceremonias de rechazo’ de Luisa Valenzuela”, en *Xihmai. Revista de Investigación*, México, Universidad La Salle Pachuca, 2014 y “La violencia tiene nombre femenino: *Perra brava* de Orfa Alarcón”, en *ConNotas. Revista de Crítica y Teoría Literaria*, México, Universidad de Sonora, 2017. E-mail: <bisharu@hotmail.com>.

**Abstract**

This paper begins with an overview of the *guerrillas* of the 1960s and 1970s of the twentieth century in Mexico, a hard episode that needs to be incorporated into our social past. We move then to the analysis of two stories about this context that seek to rescue memory through literature, which is a key instrument with a decisive role in reviewing traumatic moments of the past.

*Keywords:* memory, violence, Mexican *guerrilla*, literature.

*Existen dos grandes mitos: el de la literatura  
entendida como una actividad sobre lo irreal  
y el de la política como el reino de las acciones.  
Pero la literatura no es una sarta de mentiras.  
Es la representación de la realidad humana,  
moral, social y política de una época.*

Carlos Montemayor

En el presente artículo propongo analizar dos cuentos que retoman el episodio de las guerrillas mexicanas de las décadas de los sesenta y setenta, el cual ha sido ignorado por la historia oficial. En contraste, durante los últimos años han surgido numerosos estudios que retoman con amplitud el tema.<sup>1</sup> En principio se muestra un somero contexto sociopolítico sobre las guerrillas, para después pasar al estudio de “Soldado” (2005), de Roberto Ramírez Bravo (Guerrero, 1964) y de *El banquito de la foto del recuerdo* (2003), de José Enrique González Ruiz (San Luis Potosí, 1944), tomando en cuenta que dichos relatos se aproximan a las características del realismo literario. Por último se analiza la fuerte intención memorística contenida en los textos.

Las guerrillas de las décadas de los sesenta y setenta en México no surgen de la nada, tienen importantes antecedentes en algunos grupos que demandan derechos sociales –surgidos en los años cincuenta– principalmente en el movimiento encabezado por Rubén Jaramillo en el estado de Morelos. Tanalís Padilla enfatiza el hecho de que fue mucho antes de 1968 cuando campesinos, maestros, ferrocarrileros y petroleros montaron grandes protestas contra los abusos de un gobierno cada día más rapaz. Y aclara: “Aunque no estaban relacionados de manera orgánica, estos movimientos compartían una característica en común: luchaban por preservar las cláusulas sociales contenidas en la Constitución de 1917” (Padilla, 2015:19).

<sup>1</sup> Judith Solís Téllez opina que, por ejemplo, en Guerrero la herida por la represión del pasado se ha comenzado a expresar literariamente alrededor de treinta años después de 1967, cuando Lucio Cabañas dejó de ser profesor y se convirtió en guerrillero. Y ubica el año 2000 como el despertar de cierto auge literario sobre el tema (Solís Téllez, 2016).



Hubo múltiples protestas por parte de la población en lucha para ver cumplidas sus demandas dentro de los cauces de la civilidad. Pero la cruenta represión del Estado provocó la transgresión del marco legal, lo cual resultó en diversos levantamientos armados en muchas partes del país, principalmente en lugares donde la pobreza asumía grados insostenibles.<sup>2</sup> Así, la negativa sistemática del Estado para negociar y cumplir las exigencias sociales derivó en la radicalización de diversos movimientos:

En México muchas de las luchas rurales adquirieron una naturaleza más militante en lo táctico y en lo programático en respuesta a la represión gubernamental. Esta tendencia se habría de acelerar notablemente después de 1968, cuando la masacre de Tlatelolco puso al descubierto el aparato represivo del Estado y, mediante el éxodo de un gran contingente de estudiantes a la sierra, unió a sectores militantes de la izquierda. El movimiento jaramillista representa el preludeo histórico de esta dinámica (Padilla, 2015:290).

El movimiento jaramillista es clave en el viraje hacia el nacimiento de las guerrillas de las décadas de los sesenta y setenta. Además cuenta con el antecedente llamado Revolución Mexicana: “Los jaramillistas proveen un vínculo crucial entre las rebeliones rurales, enraizadas en la Revolución, tan meticulosamente estudiadas por los historiadores, y las luchas guerrilleras de las décadas de la Guerra Fría que dominaron el paisaje mexicano pero que se han omitido de la versión oficial de la historia y quedan en gran parte ignoradas por la academia” (Padilla, 2015:296).

La etapa de la guerrilla mexicana de los años sesenta –que continúa en los setenta– inicia con un convencimiento en muchas personas, principalmente jóvenes, de que los cauces legales para la lucha social habían sido clausurados de manera definitiva. Llegan a esta fatal conclusión a partir sobre todo de la masacre de 1968.<sup>3</sup>

La memoria del 68, reforzada por el halconazo de 1971, fue una razón poderosa que unida a la privación política, a la memoria de agravios, al sentimiento de injusticia,

<sup>2</sup> Las campañas por la gubernatura del estado de Morelos en 1946 y 1952 de Rubén Jaramillo, importante luchador social que también fue guerrillero, son un ejemplo a resaltar de las formas de lucha legales que antecedieron a la vía armada (Padilla, 2015:44 y 45). Pero también está el paradigmático caso del estado de Guerrero, donde la miseria orilló a la creación de numerosos movimientos de los que surgieron los caudillos guerrilleros Genaro Vásquez y Lucio Cabañas. En el caso de la guerrilla urbana algunos jóvenes que se levantaron en armas pertenecían a la clase media, aunque muchos otros eran de clases sociales más desfavorecidas.

<sup>3</sup> Miguel Nazar Haro, represor paradigmático de la época, reconoce haber indagado sobre esto: “Después de los hechos del 2 de octubre de 1968, nosotros investigamos en diferentes universidades del país quiénes abandonaron sus estudios y el motivo por el que lo hicieron. Entrevistamos a sus familias para conocer la razón, concluyendo que los mismos familiares fueron notificados por sus hijos que dejarían sus estudios para irse a luchar contra el sistema” (entrevistado por Torres, 2008:32-33).



[...] convenció a muchos jóvenes de la justicia e inevitabilidad de la lucha armada como única forma de derrocar a un régimen autoritario, ilegítimo y caduco. Para los guerrilleros urbanos el poder del imaginario fue una fuerza tan poderosa como decisiva para optar por la vía armada (Cabrera y Estrada, 2012:71).

Verónica Oikión se refiere al origen de los movimientos armados y completa el cuadro al ver más allá de las fronteras mexicanas:

El entramado más profundo de estos procesos históricos es multifactorial y se asentó en un contexto internacional acicateado por los embates de la Guerra Fría y la puesta en marcha de experiencias guerrilleras –bajo la influencia del triunfo de la Revolución Cubana– en distintos países latinoamericanos sometidos a gobiernos autócratas y dictatoriales, así como por un clima interno asfixiante para la izquierda y de grandes contrastes impuestos por una oligarquía política y financiera en un régimen autoritario de partido único en donde la democracia no tuvo cabida (Oikión, 2015:256).

Tales fueron algunas de las condiciones que favorecieron la aparición de núcleos guerrilleros. Volviendo al caso mexicano, el asalto al cuartel militar de Ciudad Madera, Chihuahua, es una parte fundamental en la historia de las guerrillas. Este evento es conocido como “el primer foco de insurrección ciudadano” (Castellanos, 2007:63), y estuvo encabezado por el profesor Arturo Gámiz. Se trata de la declaración de guerra<sup>4</sup> por parte de un grupo de estudiantes normalistas, maestros y campesinos contra la fuerza de apoyo al cacicazgo desde el estado de Chihuahua. El día del ataque guerrillero, 23 de septiembre de 1965, será retomado por la “guerrilla urbana con mayor presencia en México: la Liga Comunista 23 de Septiembre, creada ocho años después, en 1973”. El saldo oficial del fatídico combate es de diez heridos y seis muertos, mientras que la población asegura que hubo veinticinco muertos y treintaicinco lesionados (Castellanos, 2007:65-80).

Las luchas armadas se dan en un inicio en el ámbito rural, pasan luego al urbano y después regresan a zonas campesinas. En su amplio estudio sobre las Fuerzas de Liberación Nacional, Adela Cedillo devela la causa de la división entre los programas revolucionarios urbano y campesino:

Los dos convergían en la necesidad de instaurar el socialismo en México, pero sus proyectos de nación y sus visiones sobre el sujeto revolucionario eran incompatibles. En el campo, las banderas de lucha se enfocaban casi exclusivamente en cuestiones agrarias, mientras que en las ciudades se concebía al campesinado como una clase

<sup>4</sup> El término guerra se ha cuestionado en el caso mexicano. Según Cedillo, el conflicto armado “no desembocó en una guerra convencional entre dos ejércitos. A diferencia de otros ejércitos latinoamericanos, el mexicano nunca habló de una guerra interna, si acaso empleó la vaga fórmula de ‘lucha contra la subversión’” (Cedillo, 2008:87). La asimetría entre los bandos enfrentados fue evidente.



condenada a la extinción y se sostenía que el proletariado era la única vanguardia revolucionaria posible. Estas diferencias bastaron para que ambos movimientos corrieran por sendas más o menos independientes (Cedillo, 2008:98).

Fueron escasos los contactos entre ambos movimientos. Al referirnos a la guerrilla urbana, Rodolfo Gamiño sigue el proceso de creación de la Liga Comunista 23 de Septiembre, que tuvo lugar en Guadalajara. Ahí se generó la unión y radicalización de diversos grupos armados que habían tenido presencia en distintos lugares del país (Gamiño, 2006:8). Las particulares condiciones políticas y culturales que poseía esta ciudad permitieron la proliferación de una resistencia masiva que surgió en la Universidad, para luego crecer en el ámbito político y escalar hasta convertirse en una afrenta para el Estado.<sup>5</sup>

La Liga se formó con personalidades de diferentes corrientes ideológicas: estudiantes de diversos niveles académicos provenientes de varios estados de la república; militantes de distintos grupos guerrilleros con un sinfín de variaciones formativas y concepciones de lucha, y una corriente religiosa proveniente de los jesuitas, que tuvo una inclinación hacia el pensamiento marxista y una preocupación por la problemática social que imperaba en el México de esa época (Gamiño, 2006:148).

*En las profundidades del MAR (el oro no llegó de Moscú)* es el testimonio de Fernando Pineda Ochoa sobre “una de las organizaciones guerrilleras más importantes del país y al mismo tiempo menos conocida” (Montemayor en el prólogo a Pineda Ochoa, 2003:16). El Movimiento de Acción Revolucionaria (MAR) surgió durante la estancia que Pineda Ochoa realizó en la Universidad de los Pueblos Patricio Lumumba en Moscú, pero se consolida con el entrenamiento militar que recibió en Pyonyang, Corea del Norte. Un aspecto novedoso que retoma este trabajo es la amplia participación del profesorado rural en diversos movimientos armados: “Un buen número de profesores rurales egresados de los 29 internados, distribuidos en toda la República, tuvo una destacada participación –junto con otros combatientes– organizando y dirigiendo varias agrupaciones guerrilleras que fueron conformándose en la segunda mitad de la década de los sesenta” (Pineda Ochoa, 2003:162). Estos profesores estaban conscientes de las condiciones de miseria e injusticia en que sobrevivía el campesinado, lo que derivó en su cercanía con las causas populares. Al MAR también pertenecieron algunos de estos heroicos maestros, como *Saúl*, quien

<sup>5</sup> Gamiño analiza lo anterior en términos del sentido identitario que en un principio fue la camaradería propia de la adolescencia y después derivó en la participación política universitaria para mejorar la calidad de vida (Gamiño, 2006:12). Los Vikingos, un grupo barrial de los márgenes de Guadalajara, pasaron a formar parte de la Federación de Estudiantes de Guadalajara (FEG); luego este grupo se opuso fuertemente al carácter oficial de la FEG y se convirtió en una parte integrante del Frente Estudiantil Revolucionario (FER), que a su vez fue el origen de algunos guerrilleros/as que formaron parte de la Liga Comunista 23 de Septiembre.



fue responsable del reclutamiento para este grupo armado y a la vez facilitó el enlace entre éste y el Partido de los Pobres, encabezado por el profesor Lucio Cabañas. Ese fue precisamente uno de los escasos momentos de unión entre grupos armados del ámbito citadino y rural.

*En las profundidades del MAR (el oro no llegó de Moscú)* se narra la arriesgada empresa que protagonizaron el autor y sus compañeros al viajar encubiertos por países como Francia y Alemania antes de llegar a Corea del Norte; describe las “expropiaciones” o asaltos bancarios para hacerse de ingresos; da cuenta de las detenciones y tortura infringida por miembros de la siniestra Dirección Federal de Seguridad y el posterior confinamiento en la cárcel de Lecumberri. El recorrido de este ex combatiente se vuelve fundamental para entender de manera cercana lo vivido por las y los jóvenes que buscaron una transformación real del país a través de la radical aunque válida vía armada ante las difíciles condiciones expuestas. En suma, este libro ofrece lugares y momentos clave para comprender el complejo entramado de diversas organizaciones guerrilleras de la época.

La intención inequívoca desde el núcleo del Estado fue la exterminación de las personas disidentes que habían sido orilladas a la clandestinidad y por tanto desplazadas del ámbito político. Con relación al Informe de la Fiscalía Especial para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado (FEMOSSP), Jacinto Rodríguez Munguía escribe:

Como no había ocurrido nunca antes, la versión no censurada del informe del gobierno federal sobre lo que pasó durante los años de la Guerra Sucia en Guerrero detalla las “armas” del ejército mexicano en su lucha contra la guerrilla: torturó en el Campo Militar Número 1, asesinó a mansalva, bombardeó comunidades, desapareció a cientos de campesinos, arrojó al mar cuerpos de hombres y mujeres aún con vida y “estranguló” a pueblos enteros para doblarlos y conseguir su colaboración. En síntesis, hubo un “plan de genocidio de Estado” (Rodríguez Munguía, 2007).

La Fiscalía Especial fue creada el 27 de noviembre de 2001, pero según el politólogo Sergio Aguayo, hubo una negociación *de facto* para invalidar el castigo a los criminales responsables de tantas muertes: “En secreto, [Fox] negoció una amnistía *de facto* a los delincuentes del viejo régimen. Rubén Aguilar y Jorge Castañeda acompañaron a Fox en el gobierno y confirmaron que accedió a las exigencias del PRI: ‘Nada de comisiones de la verdad, persecuciones, investigaciones’, nada de meterse en ‘los terrenos de la corrupción y de acusaciones a funcionarios del pasado’” (Aguayo, 2015:157). Y así, la Fiscalía quedó como una caricatura burlesca que permitió el olvido institucional del plan de genocidio del que habla Munguía.

Escribir sobre la historia de la guerrilla en México es referirse de forma inevitable al despiadado aplastamiento del que fueron objeto quienes en ella participaron. La represión hacia aquellas personas que se levantaron en armas para luchar contra el



autoritarismo ciego y sordo del gobierno fue brutal. Tanto en el ámbito urbano como en el rural la intención fue de aniquilamiento. Si bien han habido innegables avances, pues se han creado ciertas instancias para hacer más tangible la transparencia en el ejercicio del poder, éstos resultan insuficientes y la apreciación general es que se requiere mayor voluntad política para avanzar hacia un bienestar amplio que abarque a toda la ciudadanía. La historia advierte que sólo el impulso colectivo de esa ciudadanía permitirá dar los pasos hacia una real transformación.

El terror desatado por el Estado ante el miedo de perder el poder derivó en su extralimitación jurídica, ya que en su lucha “antisubversiva” cometió un verdadero genocidio contra sus opositores de la izquierda radical y contra las bases de apoyo campesinas de la guerrilla (Cedillo, 2008: 19).

A pesar de la cruenta represión ejercida en contra de estos movimientos, las guerrillas en México han tenido una continuidad casi ininterrumpida. El paradigmático Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), desde su levantamiento en 1994 a la actualidad, permanece firme en su lucha por dignidad y justicia, inexistentes para ellas y ellos antes del alzamiento. Resiste desde sus territorios liberados a pesar de que la represión continúa en varias modalidades (la mal llamada guerra de “baja intensidad”): el asesinato selectivo, el despojo de tierras, violaciones y demás actos de los distintos grupos paramilitares que operan de forma cotidiana en la región, a 24 años de su nacimiento público.<sup>6</sup>

Por otra parte, el Ejército Popular Revolucionario (EPR) se manifiesta públicamente el 28 de junio de 1996 en el evento luctuoso de la Masacre de Aguas Blancas, Guerrero, donde fueron asesinados 17 campesinos y muchos más quedaron heridos, justo un año antes, el 28 de junio de 1995. Quien perpetró la matanza, se sabe, fue la policía municipal. Ese funesto día, que ha marcado el inicio de la violencia en la época reciente, los campesinos se dirigían a un evento para exigir la liberación de dos compañeros presos, de la Organización Campesina de la Sierra del Sur (ocss). Hubo también un ataque militar de la guerrilla guerrerense en respuesta a la masacre de Aguas Blancas:

El 7 de julio de 1995 en el paraje de Ojo de Agua, entre los municipios de Cualac y Huamuxtítlán, una *Brigada Campesina de Ajusticiamiento* ejecutó una emboscada contra la policía como respuesta inmediata a la masacre: ‘concluimos que esto ya

<sup>6</sup> Me refiero al momento en que se dan a conocer al mundo, pues se sabe que la fecha real de su creación fue el 17 de noviembre de 1983, en ese entonces llamadas Fuerzas de Liberación Nacional. Es por eso también la mención sobre las guerrillas ininterrumpidas en la historia reciente de México, ya que si las de los años sesenta y setenta se dan por “terminadas” desde el Estado, y a principios de los años ochenta existe la que se convertiría en el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), esto demuestra que prácticamente no ha dejado de existir esta forma de lucha.



había llegado a su límite, que no había otro camino, que responder era urgente y necesario' [comunicado enviado a un periódico de la Ciudad de México]. Así, la guerrilla en Guerrero dejó de ser un secreto a voces (Lofredo, 2017:51).

El emblemático nombre del grupo que realizó la emboscada, *Brigada Campesina de Ajusticiamiento*, evoca a la guerrilla encabezada por Lucio Cabañas durante los años setenta, lo que a su vez muestra el vínculo fundamental que han tenido los movimientos en resistencia y de lucha social del presente con los del pasado, que se traduce también en una forma de legitimar sus demandas en el imaginario colectivo.

Según Carlos Montemayor, la aparición del EZLN acelera el proceso de aparición del EPR; y este nuevo brote de guerrillas en los años noventa obedece a las grandes deudas del Estado mexicano con las zonas más marginadas como Chiapas y Guerrero. El especialista llama la atención sobre la labor real de la seguridad nacional, que es analizar la violencia social para evitar la génesis de más grupos guerrilleros.<sup>7</sup> Así, la guerrilla es vista como la fase final de la lucha social cuando no encuentra cauces legales para ver cumplidas sus demandas.

### La literatura de la guerrilla

Décadas después de la etapa inicial de silencio, cuando la realidad se volvió inexpressable, surgió una serie de propuestas que buscan traducir el episodio traumático de la represión contra las guerrillas por medio del lenguaje del arte. Uno de los medios para hacerlo es la literatura.

Es sabido que la producción literaria de un periodo específico arroja luz sobre aspectos de la subjetividad y del imaginario político que el análisis supuestamente objetivo de los procesos socioeconómicos y de la historia política de dicho periodo no alcanza a iluminar en su totalidad (Cabrera y Estrada, 2012:38).<sup>8</sup> Las obras escritas en torno a este acontecimiento invitan a reflexionar sobre un pasado todavía doloroso y en muchos casos vivo. Es imposible saber si un episodio como el referido puede o no ser asimilado, ya que depende de las subjetividades de las y los sobrevivientes. Pero es sabido que a través de diversas expresiones artísticas, en este caso la literatura, se logra repensar el fenómeno y alrededor de ese análisis se transforma *el sentido* de ese pasado, volviéndolo más asequible para la persona que reelabora el trauma.

<sup>7</sup> Confírase los Documentales: “EPR. Retorno a las armas” (1996) y “EPR de cerca” (1997), Canal Seis de Julio, México.

<sup>8</sup> Las investigadoras citadas profundizan la idea al afirmar que “El texto literario es una fuente fragmentada, pero rica y plena de matices, para la comprensión de una época, para la recuperación de la experiencia, la conservación de la memoria o la figuración de proyectos y alternativas, tareas relevantes de las ciencias sociales” (Cabrera y Estrada, 2012:39).





*El banquito de la foto del recuerdo* (2003), de José Enrique González Ruiz, es una ficcionalización de la biografía no autorizada del siniestro militar Mario Arturo Acosta Chaparro, activo torturador y asesino durante la etapa en cuestión. En la trama, el personaje principal se llama Manuel Pedro Ávila Chaparro cuyo paso por el ejército y la policía mexicanas se cuenta a través de la voz narrativa que es omnisciente, ya que observa todo desde un lugar privilegiado y conoce los pensamientos del protagonista. El texto contiene numerosas alusiones a la realidad extratextual, se cambian algunas referencias o nombres pero siempre se deja entrever la relación inequívoca con los hechos históricos. Dado que el realismo literario no descansa sobre la veracidad de lo que se enuncia sino sobre su verosimilitud (Beristáin, 1997:499), tanto este relato como el que analizaré más adelante, “Soldado”, se inscriben en la vertiente del realismo literario.

El texto está compuesto por diez breves capítulos y abarca desde el ingreso de Ávila Chaparro a la milicia hasta el momento en que la represión aumenta, sobre todo a través de la tortura, los asesinatos y las desapariciones, cuando se realiza un uso sistematizado de la muerte. La sensación que deja la lectura del relato es tremenda, es visible el crecimiento de la violencia que no siempre se detalla pero que en ciertos episodios se exhibe casi como trofeo y hasta da lugar al desarrollo de un diálogo entre Ávila Chaparro y un torturador argentino, lo cual ilustra la atmósfera latinoamericana que también vive sus regionales y particulares episodios sangrientos en esa misma época.

La ilusión de verdad contenida en un relato, una de las características básicas del realismo, se da a través, por ejemplo, de la mención de personajes provenientes de la realidad extratextual, como el secretario de la Defensa Nacional durante el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970), Marcelino García Barragán, y que es retomado en *El banquito de la foto del recuerdo* como quien propuso a Ávila Chaparro para ir a tomar un curso para torturadores en Estados Unidos. Por otra parte, también se cita a Dan Mitrionne, considerado el “maestro de la tortura” de la CIA durante los años sesenta y principios de los setenta, que practicó aberraciones inenarrables en diversos países de América Latina. Dentro de la trama, el protagonista recita palabras de ese siniestro personaje que ha interiorizado:

Nuestra civilización está amenazada por el comunismo internacional. Con el pretexto de acabar con las desigualdades y las injusticias que son connaturales a la humanidad, los agitadores quieren tomar el poder en el mundo para instaurar una dictadura planetaria. Nos ha correspondido la inmensa responsabilidad de hacer frente a esos peligrosos sujetos, para lo cual tenemos que utilizar métodos que se correspondan con sus perversas intenciones (González Ruiz, 2003:2).

El aspecto ideológico, otro componente realista, se observa en la cita anterior porque a la voz narrativa le interesa exhibir el discurso manejado por los represores para



justificar la criminalidad encubierta que los caracterizó. Con hábiles eufemismos intentaron disfrazar actos innombrables e injustificables.

La serie de datos aportados por la voz narrativa sobre el exhaustivo entrenamiento del protagonista en el “combate contra la subversión” (tortura, estrategias para extraer información, su propia experiencia con las técnicas de sobrevivencia extrema) induce la “adhesión del destinatario” para que acepte algo como verdadero al percibirlo (Beristáin, 1997:499). Es decir, los datos, producto del referente real, le otorgan gran verosimilitud al relato, lo cual contribuye al pacto de “verdad lógica” (Beristáin, 1997:499) que produce el texto.

Como recurso recurrente se utiliza la ironía. Al inicio del relato, la voz narrativa se burla del “privilegio” conseguido por Manuel Pedro: “Estudiar tácticas antiguerrilleras en Estados Unidos es el sueño de cualquier aspirante a *salvador de la patria*” (González Ruiz, 2003:2). Poco más adelante se aprecia de nuevo la estrategia irónica, cuyo fin es posicionarse políticamente del lado de las y los guerrilleros: “Le enojaba el sólo pensar en los enemigos internos. ¿A quién se le ocurría atentar contra las *sagradas instituciones de la patria*, representadas por su *digno gobierno*?” (González Ruiz, 2003:3, cursivas mías).

La voz narrativa insiste en resaltar la mediocridad del personaje principal poniéndola de manifiesto en numerosas ocasiones: “Ávila Chaparro estuvo en el ejército sin hacer aspavientos durante varios años. Como que la disciplina era más dura de lo que pensaba y no le daban muchas ganas de matarse para hacer carrera. Por eso cuando se enteró de que podía participar en la contrainsurgencia pensó que había dado con su vocación” (González Ruiz, 2003:1 y 2).

Se vuelve evidente el nulo esfuerzo en mostrar más habilidades que la de seguir una obediencia ciega hacia el Estado y, por supuesto, contar con un alma criminal que no tuviera reparos a la hora de ejecutar los siniestros mandatos desde el lado oscuro del poder político.

La construcción de la voz enemiga desde el punto de vista del/de la narrador/a es de una gran lucidez, pues retrata de manera fiel y concreta el pensamiento represor, como se observa cuando Manuel Pedro detalla la estrategia a seguir para terminar con la subversión:

Intensificar la cacería. Ya tenemos en nuestros *hoteles de lujo* a decenas de individuos relacionados con las llamadas reformas universitarias, magisterio democrático, sindicatos independientes, comunidades de base organizadas conforme a la teología de la liberación, colonias proletarias y agrupaciones campesinas. Vamos a mantenerlos desaparecidos para que sus congéneres se llenen de terror y no se les ocurra seguirles los pasos (González Ruiz, 2003:9-10).



La descripción se asemeja de manera contundente a las estrategias para mantener el miedo y la parálisis colectiva, siendo la desaparición de personas el clímax de tal método represivo.

En esta obra se aprecia de forma evidente la intención de ridiculizar al protagonista, y por la magia extensiva de la labor literaria, al conocido torturador y asesino Mario Arturo Acosta Chaparro. Se podría decir que se trata de una venganza desde la escritura, sublimada, pues al no haber cauces legales cumplimentados para una justicia verdadera, ante la corrupción desbordada que ha significado la institución militar y la policial, se busca al menos descargar el enojo y la frustración acumulada por décadas enteras a través del ejercicio literario.

Termino el breve análisis con el último capítulo titulado “El banquito y la espada justiciera”. Éste trata de los grandes recursos con que contó el torturador Ávila Chaparro para realizar las tareas encomendadas por el Estado, entre los que se contaron un centro de tortura en Pie de la Cuesta, Acapulco, y la disposición de varios vehículos aéreos para arrojar a las y los guerrilleros al mar. El realismo contenido en el relato en cuestión alcanza gran verosimilitud en este breve y significativo apartado. Si consideramos que la obra establece una realidad autónoma, distinta de la realidad objetiva, y que esa realidad se basta a sí misma, pero también mantiene, en diversos grados, una relación con el mundo, porque consigna datos provenientes de una cultura dada y de sus circunstancias empíricas –aunque los reorganiza atendiendo otras consideraciones (Beristáin 1997:499-500)– resulta evidente que la realidad autónoma creada en *El banquito de la foto del recuerdo* tiene una amplia correspondencia con lo acontecido en el mundo extratextual, como se aprecia en la siguiente cita:

Ávila Chaparro bautizó su pistola como “La Espada Justiciera”, comparándola con la de Hernán Cortés, que tantos indios atravesó y descuartizó. [...] con esa arma, el mayor hizo saltar los sesos de alrededor de 200 personas, según declaró en juicio un testigo protegido por la justicia norteamericana. Esto, cuando el sistema malagradecido encarceló al ya general Ávila Chaparro, por sus nexos con el narcotraficante conocido como “El Señor de los Cielos” (González Ruiz, 2003:22).

La historia extraliteraria se constató a través de numerosos testigos, uno de los cuales declara lo sucedido:

Quirós Hermosillo y Acosta escogían a los detenidos y los sentaban en una silla para sacarles “la foto del recuerdo”. Luego les disparaban en la nuca con una pistola calibre .380 a la que Quirós nombró “la espada justiciera”. Los cadáveres eran metidos en bolsas de lona que se subían a un avión Arava del entonces Escuadrón 301 para lanzarlos al mar durante vuelos *exprofeso*. Según Gustavo Tarín Chávez, Acosta Chaparro ejecutó personalmente a unas 200 personas, “por supuesto con la autorización del general Quirós Hermosillo” (Díaz, 2012).



La representación de lo acontecido en *El banquito de la foto del recuerdo* guarda un vínculo muy cercano con la realidad histórica, y si bien el aspecto estético se deja un tanto de lado, el valor del relato se centra en el invaluable aporte memorístico, elemento primordial de nuestro lenguaje y que se convierte en un testimonio valiosísimo que desplaza el silencio y el olvido impuestos desde la postura oficial.

Con la línea amarilla llegaron los armados verdes y la gente se volvió hosca y desconfiada. La palabra “desaparecido” ramificó sus letras.

Al escribir sobre la guerrilla del entorno rural, me centro en el estado de Guerrero por tratarse de una entidad que padeció la represión en sus modalidades más cruentas,<sup>9</sup> y cuya historia está vinculada a diversas formas de lucha y a una constante reivindicación de quienes padecieron la violencia de forma directa. Numerosas/es luchadoras/es sociales provienen de este estado donde la tortura, las desapariciones y demás formas represivas arrasaron personas y familias enteras durante el periodo estudiado. Tal vez a esto se deba que es la entidad que más ha reivindicado la memoria a través de distintas manifestaciones. La inclusión del caso Rosendo Radilla –campesino y cantante de corridos desaparecido el 25 de agosto de 1974– en la Corte Interamericana de Derechos Humanos, donde la resolución condena al Estado mexicano por las múltiples violaciones y abusos cometidos, así como la creación de la Comisión de la Verdad del estado de Guerrero (2012) son sólo dos episodios importantes que dan constancia de ello.

Hay una amplia obra sobre el periodo estudiado, pues las generaciones posteriores se han dedicado a ejercer la memoria a través de la creación artística para evitar la dolorosa repetición de acontecimientos traumáticos.<sup>10</sup> La intención es contar la historia borrada y reivindicar a sus seres queridos para que sean integrados en la consciencia nacional.

“Soldado”,<sup>11</sup> cuento de Roberto Ramírez Bravo, narra la confesión de un militar en forma de monólogo a un sacerdote. Ésta inicia con la declaración de un crimen, el

<sup>9</sup> Ana María Cárabe (2015:16) afirma que “El 40% de las desapariciones forzadas registradas ante la CNDH se dio en ese estado y ante la actitud represiva del gobierno los conflictos se radicalizaron tanto ideológicamente como en sus métodos, que desembocaron en la actividad de dos grupos guerrilleros”.

<sup>10</sup> Algunas de las obras más representativas son: *La fórmula, Si tienes miedo (novela con apéndice), Gallo Rojo* de Juan Miguel de Mora; *El infierno de todos tan temido* de Luis Carrión Beltrán; *La revolución invisible* de Alejandro Íñigo; *Guerra y sueño* de Salvador Mendiola; *¿Por qué no dijiste todo?, La patria celestial, El de ayer es Él* de Salvador Castañeda; *Guerra en el Paraíso, Las armas del alba* y *La fuga* de Carlos Montemayor; *Veinte de cobre. Memoria de la clandestinidad* de Fritz Glockner, y *Septiembre* de Francisco Pérez Arce (Solís Téllez, 2015:112).

<sup>11</sup> Publicado por primera vez en *Semanario La Palabra*, año 2000.



asesinato de un hombre al que tortura durante días, y culmina en la locura del confesor. La voz narrativa aumenta de manera progresiva la tensión del relato, logrando la intensidad necesaria para mantener la atención de quien lee.

El uso de la primera persona del singular y la narración intradiegética refuerzan la verosimilitud de la historia, rasgo indispensable ya visto del realismo literario. El protagonista describe en un inicio la forma en que una emboscada guerrillera los atacó, asesinando a ocho militares e hiriendo a varios más. A partir de ahí, su superior dio la orden a los sobrevivientes de ir a cazar a los armados. La consigna era violar mujeres, asesinar niñas y niños, ancianos y ancianas, y someter a cualquier persona que pudiera dar datos para cumplir la orden. Aparece entonces un primer elemento fantástico: “[...] cuando llegábamos a un pueblo lo encontrábamos vacío, algunas veces sólo con los ancianos y los enfermos, otras veces sólo veíamos a los chivos y a las iguanas trepándose en las piedras, o eso parecían en la oscuridad, y quizás no eran sino los mismos indios huyendo de nosotros” (Ramírez Bravo en Solís Téllez, 2015:169). La ambigüedad descrita impide saber con certeza lo ocurrido; lo incierto aparece dando lugar a lo fantástico a través de la conversión –desde ciertas tradiciones ancestrales– de indígenas en animales y viceversa, los nagueales. Pero el realismo retoma el papel protagónico un poco más adelante con la descripción del asesinato del “indio” por parte del soldado, que es de una violencia impactante:

Sólo me miraba. Sus ojos eran inexpresivos, pero terribles por la ausencia de rencor que había en ellos, terribles porque aunque lo pateara y aunque le pegara con mi arma no dejaba de mirarme, terribles porque callaban lo que hubieran querido gritarme. Sus ojos me taladraban, padre, era aquella visión un grito pesado porque no se oía, pero entraba por mis cuencas, estallaba en mi cerebro y desnudaba lo poco que me quedaba de emociones, arrojándome al miedo, arrojándome a una maldita condenación sin sentido. Le pegué hasta cansarme, y cuando sentí su mirada fría le descerrajé un balazo entre las cejas para callar ese delirio, pero los ojos de plato del muerto seguían mirándome. Entonces grité: ¡Ya cállate, ya cállate! (Ramírez Bravo en Solís Téllez, 2015:170).<sup>12</sup>

El protagonista asesina a su víctima porque no puede soportar su mirada, motivo que lo va llevando a una locura definitiva. Hay un desarrollo interesante en este personaje a lo largo del cual va adquiriendo cierta consciencia sobre su responsabilidad directa en el asesinato, pues al principio actúa como cualquier “soldado”, es decir, alguien que cumple órdenes, pero poco a poco se cuestiona su accionar a través de esa mirada que lo persigue sin tregua, que no lo deja descansar. La tensión del relato aumenta debido a la actitud inexplicable del protagonista, quien pierde la razón:

<sup>12</sup> El trabajo de Judith Solís Téllez (2015) contiene una “Antología mínima” de donde he sacado las citas del cuento “Soldado”. Las páginas corresponden a esa edición.



“Entonces me revolqué por aquel piso de tierra roja y mis compañeros pensaron que deliraba debido a la herida en el dedo. Y yo gritaba, y me arrancaba los cabellos y no podía apagar esos ojos que estaban adentro de mí, padre. Por eso lo maté” (Ramírez Bravo en Solís Téllez, 2015:170 y 171).

La propia consciencia del protagonista se ve reflejada en la mirada del “indio” asesinado, por eso es imposible que olvide sus ojos, porque es una parte de su propio ser la que le grita la infamia cometida.

Hacia el final, el soldado deja la milicia y se vuelve una visión errante que sólo desea la muerte. Ya nada parece importarle:

Hace tres días, o un mes, o un año, no sé bien, dejé el servicio militar. Ya no puedo matar números, no puedo crear otras estadísticas. Ahora sólo busco escaparme de aquel indio que no me dijo una palabra, que no violó a mi mujer ni asesinó a mis hermanos, pero que me persigue desde adentro, que murió de mi mano, ese a quien convertí en fantasma. Perdóneme, padre, he pecado. O no me perdone, quizá no vale la pena, porque no hay escapatoria. ¿Sirve de algo intentar huir? (Ramírez Bravo en Solís Téllez, 2015:171).

La violencia es reforzada por la ausencia de motivos reales para llevar a cabo el asesinato. El militar no se perdona que el hombre no le haya causado algún mal; no soporta pensar en su inocencia y él a cambio lo asesinó. En contraparte, el torturado no lo mira con rencor, ni con odio, lo que hace que esa peculiar mirada, tal vez de azoro o francamente inexpresiva, vaya apoderándose de la consciencia del protagonista, que ya no puede sino pensar en ella, en su inefable mirada y también en su acción deleznable. Pero el hombre al que asesinó ni siquiera fue capaz de odiarlo, y esa idea simplemente no la puede soportar, por eso la única salida que encuentra es la locura.

Pero el desenlace verdadero del cuento es todavía más inquietante, la “vuelta de tuerca” que ofrece la voz narrativa en palabras provenientes del protagonista le otorga al relato un nivel deslumbrante:

En la puerta de la iglesia él sigue sentado. Lo miro desde aquí, lo huelo, lo siento. Está esperando levantar el vuelo, está esperándome. Y yo tengo miedo. ¿Quién me ayudará en este funeral, padre? ¿Quién detendrá mi pánico en este cortejo fúnebre con su olor de flores de difunto por aquel soldado que murió hace tres días, o un mes, o un año, no sé bien? El indio está sentado, y al muerto le lloran sus hijos sin que él lo sepa, pues no oye los ruidos, ni siente el viento correr, ni tampoco la asfixia de su féretro. Sólo es un soldado muerto, simple y felizmente muerto. Y yo aquí padre, tengo miedo. Porque nadie me mira, porque nadie tropieza con mi cuerpo ni se topa con mi mirada (Ramírez Bravo en Solís Téllez, 2015:171).



Es decir, el soldado ya no es tal, sino que está muerto y es el fantasma quien realiza el monólogo, tal vez por esa razón nunca recibe respuesta del sacerdote. Esa consciencia del soldado, que se vuelve un motivo en el relato, se queda flotando en el limbo, sin descanso posible, lo que hace que sienta envidia por la tranquilidad aparente del soldado muerto que yace en el féretro.

Baste esta breve mirada al panorama literario del duro episodio de las guerrillas en México para apreciar la fuerte carga simbólica que todavía representa este significativo suceso, el cual tiene todavía importantes deudas con la memoria y la justicia, elementos imprescindibles para trascender esta experiencia todavía pendiente. El Estado enfrentó de la peor forma la etapa en cuestión y cabe la reflexión sobre si las consecuencias de esa decisión todavía están palpables en el contexto social y político devastado que vivimos en la actualidad. Por otra parte, la impunidad imperante ha significado el componente esencial para que el episodio de la guerrilla resuene con excesiva vigencia pues, a pesar de las distancias históricas, dicha impunidad sirve como vínculo innegable entre el pasado y el presente, por lo que se puede hablar de un *pasado que no pasa*. El carácter cíclico de la historia se personifica en el aquí y el ahora, con sus evidentes especificidades.

La intención de olvido que trató de imponerse al cooptar a casi toda la prensa de la época, con sus raras y honrosas excepciones, pretendió negar lo acontecido y hacer que prevaleciera a toda costa la versión oficial de la inexistencia de las guerrillas.<sup>13</sup> Pero esa intención de olvido y negación ha cambiado, al menos en algunos sectores, pues muchos familiares de las personas desaparecidas han llevado a cabo una larga y penosa lucha en busca de justicia. A pesar de que el gobierno sigue empeñado en negar su responsabilidad con sus constantes omisiones –con lo cual busca evadir la necesaria reparación de los daños– la batalla continúa y se extiende hacia otros sectores de la sociedad, a lo que ha contribuido sin duda el *boom* de memoria sobre este episodio, a partir sobre todo de la escritura de testimonios, cuentos, novelas, reportajes, libros periodísticos y académicos que de manera relevante están reelaborando esa memoria necesaria para la creación de un proceso que pueda dar cuenta de lo acontecido, de una forma distinta.

La literatura se vuelve entonces también ese gran instrumento cuyo fin es integrarse a los debates sociales que urgen hacia una real transformación de realidades tan-

<sup>13</sup> A la guerrilla no se le reconoció como tal, se le enclaustró en la categoría de delincuentes y terroristas. Su manifestación como actor social pasó desapercibida para una gran parte de la población mexicana. Si no había guerrilleros tampoco podían existir excesos contra ellos: hubo, en consecuencia, una especie de programación del olvido, pues al no haber noticias sobre los actos de represión, éstos, en los hechos, no existieron. Ese manejo de la situación, al paso del tiempo, es el manejo de la relación memoria-olvido, olvido que posibilita la garantía de la impunidad: lo que no se sabe o no se recuerda no ocurrió, no tuvo lugar en el pensamiento de la sociedad y, por tanto, no se puede condenar (Mendoza García, 2011).



gibles. Tanto *El banquito de la foto del recuerdo* como “Soldado” son textos que nos invitan a la revisión del pasado, enriqueciendo con su dolorosa pero necesaria evocación temática, el debate ineludible que como integrantes de esta sociedad debemos a quienes padecieron la violencia y muerte en aquella época. Dichos relatos abonan de manera importante a la transmisión memorística que, en palabras de Pilar Calveiro (2006:84), “no sólo es posible, sino que está ocurriendo de manera constante. El interés por la transmisión conlleva el cuestionamiento por las propias explicaciones y la consideración de otras formas de entender lo vivido, que permite al sobreviviente ser parte activa del procesamiento social y no su lastre”. De esta forma, tanto González Ruiz como Ramírez Bravo, los autores, contribuyen a reivindicar esa memoria de quienes, nos guste o no, dieron su vida para cimentar nuestro bienestar. La exigencia de restituir la memoria olvidada es un hecho palpable que abona a la esperanza de un futuro distinto, que se resiste al silencio, la violencia y la muerte que embarga a la realidad mexicana actual.

### Bibliohemerografía

- AGUAYO, Sergio (2015), *De Tlatelolco a Ayotzinapa. Las violencias del Estado*, México, Sextil Editores.
- BERISTÁIN, Helena (1997), *Diccionario de retórica y poética*, México, Porrúa.
- CABRERA, Patricia y Alba Teresa ESTRADA (2012), *Con las armas de la ficción. El imaginario novelesco de la guerrilla en México*, México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM, Colección “Debate y Reflexión”, vol. I.
- CALVEIRO, Pilar (2006), “Testimonio y memoria en el relato histórico”, en *Acta Poética*, México, vol. 27, núm. 2.
- CÁRABE, Ana María (coordinadora) (2015), *Reflejos de la Guerra Sucia en el estado de Guerrero. Historia, literatura, música e imágenes*, México, Universidad Autónoma de Guerrero/Porrúa, Serie “Las Ciencias Sociales. Tercera Década”.
- CÁRABE, Ana María (2015), “El corrido como testimonio popular de los problemas sociopolíticos de la Guerra Sucia del estado de Guerrero, 1960-1980”, en Ana María CÁRABE (coordinadora), *Reflejos de la Guerra Sucia en el estado de Guerrero. Historia, literatura, música e imágenes*, México, Universidad Autónoma de Guerrero/Porrúa, Serie “Las Ciencias Sociales. Tercera Década”.
- CASTELLANOS, Laura (2007), *México armado, 1943-1981*, México, Era.
- CEDILLO, Adela (2008), *El fuego y el silencio. Historia de las Fuerzas de Liberación Nacional Mexicanas (1969-1974)*, México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, tesis de licenciatura.
- DÍAZ, Gloria Leticia (2012), “El general que a hierro mataba, un nombre asociado a la tortura”. Dirección URL: <<https://www.proceso.com.mx/305089/el-general-que-a-hierro-mataba>>, [consulta: 21 de septiembre de 2018].





- GAMIÑO MUÑOZ, Rodolfo (2006), *Del barrio a la guerrilla: historia de la Liga Comunista 23 de septiembre (Guadalajara, 1964-1973)*, México, CEDEMA.
- GONZÁLEZ RUIZ, José Enrique (2003), *El banquito de la foto del recuerdo*. Dirección URL: <<https://editorialhuasipungotierroja.files.wordpress.com/2014/05/el-banquito-de-la-foto-del-recuerdo.pdf>>, [consulta: 17 de enero de 2017].
- LOFREDO, Jorge (2017), "Cualac. Prehistoria de la guerrilla", en *Revista Contralínea*, México, año 15, núm. 531, 20 de marzo.
- MENDOZA GARCÍA, Jorge (2011), "La tortura en el marco de la guerra sucia en México: un ejercicio de memoria colectiva", en *Revista Polis*, México, vol. 7, núm. 2, enero.
- OIKIÓN, Verónica (2015), "La guerrilla olvidada. La historia de una página manchada con sangre de estudiantes de la Universidad de Guadalajara", en *Letras Históricas*, Guadalajara, núm. 13, otoño/invierno.
- PADILLA, Tanalís (2015), *Después de Zapata. El movimiento jaramillista y los orígenes de la guerrilla en México (1940-1962)*, México, Ediciones Akal.
- PINEDA OCHOA, Fernando (2003), *En las profundidades del MAR (el oro no llegó de Moscú)*, México, Plaza y Valdés.
- RODRÍGUEZ MUNGUÍA, Jacinto (2007), "La masacre desconocida en Guerrero. Del Informe FEMOSPP". Dirección URL: <<http://gatopardo.blogia.com/2007/031101-la-guerra-sucia-en-mexico-ahora-como-antes.php>>, [consulta: 15 de febrero de 2017].
- RODRÍGUEZ MUNGUÍA, Jacinto (2011), "Lo que se eliminó del Informe Oficial de la Guerra Sucia". Dirección URL: <<https://latiraniainvisible.com/2011/01/31/lo-que-se-elimino-del-informe-oficial-de-la-guerra-sucia/3/>>, [consulta: 23 de marzo de 2017].
- SOLÍS TÉLLEZ, Judith (2015), "La temática de la guerrilla en la obra narrativa y poética de cuatro escritores guerrerenses: Baloy Mayo, Felipe Fierro Santiago, Roberto Ramírez Bravo y Jesús Bartolo Bello López. Antología mínima", en Ana María CÁRABE (coordinadora), *Reflejos de la Guerra Sucia en el estado de Guerrero. Historia, literatura, música e imágenes*, México, Universidad Autónoma de Guerrero/Porrúa, Serie "Las Ciencias Sociales. Tercera Década".
- SOLÍS TÉLLEZ, Judith (2016), "La temática de la guerrilla en la literatura guerrerense", en *Revista de Literatura Mexicana Contemporánea*, México, año 22, núm. 68, mayo-agosto.
- TORRES, Jorge (2008), *Nazar, la historia secreta. El hombre detrás de la guerra sucia*, México, Debate.



Recibido: 3 de marzo de 2018  
Aprobado: 12 de enero de 2019